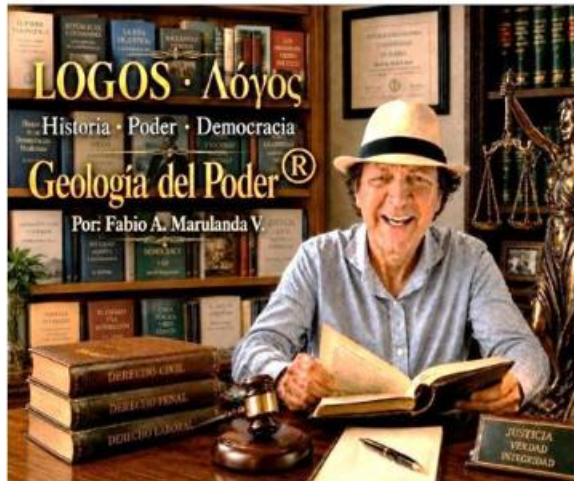




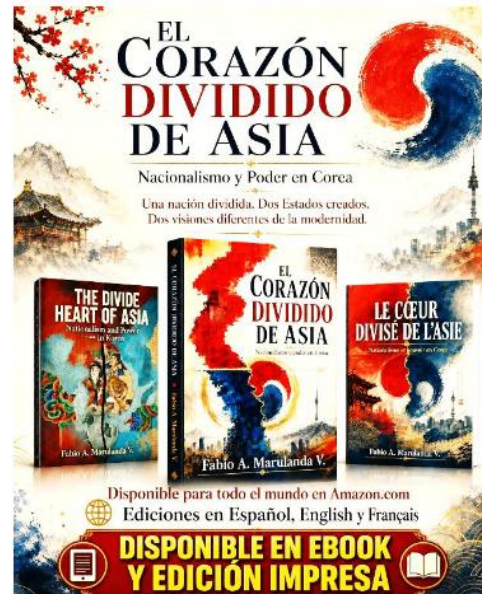
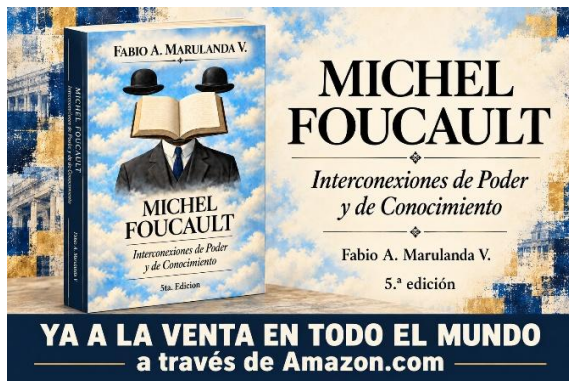
LA SUAVE SUBVERSIÓN MOLECULAR

Félix Guattari, la revolución de las subjetividades y las nuevas formas del poder en Colombia

Una lectura filosófica del gobierno colombiano contemporáneo, entre la promesa de orden, la producción del consentimiento y las resistencias que nacen donde el poder cree que nada sucede.

FABIO A. MARULANDA V.***

«Toda noticia tiene una historia. Toda historia tiene una Geología del Poder®»



Hay revoluciones que comienzan tomando un palacio. Otras comienzan modificando el significado de una palabra.

Las primeras suelen anunciarse con manifiestos, banderas, multitudes y la promesa de una nueva época. Las segundas pueden transcurrir sin que nadie advierta que algo está cambiando: una conversación altera sus términos, una comunidad deja de aceptar una explicación, un estudiante descubre que obedecer no equivale necesariamente a comprender, un ciudadano comienza a sospechar que aquello presentado como inevitable es, en realidad, una decisión política.

FÉLIX GUATTARI perteneció a una tradición filosófica particularmente interesada en estas transformaciones discretas. Su pensamiento nos permite comprender que el poder no se limita a gobernar instituciones, administrar presupuestos o dirigir ejércitos. También participa en la producción de deseos, miedos, hábitos, identificaciones y maneras de percibir el mundo.

A ese nivel de la experiencia —anterior muchas veces a las grandes confrontaciones políticas— pertenece lo que podemos llamar «subversión molecular».

Conviene precisar desde el comienzo que la expresión «*suave subversión molecular*» será utilizada aquí como una formulación interpretativa, no como una cita textual verificada de GUATTARI. Su obra desarrolla, en cambio, los conceptos de «*revolución molecular*», «*micropolítica*», «*producción de subjetividad*» y «*procesos de singularización*». «*La suavidad*» de la que hablaremos no significa debilidad ni ausencia de conflicto: designa la capacidad de una transformación para comenzar sin adoptar inmediatamente la forma visible de una insurrección.

La Colombia contemporánea ofrece un escenario especialmente significativo para explorar esa posibilidad. Un gobierno puede ganar elecciones, modificar prioridades institucionales y proclamar una nueva orientación nacional. Pero gobernar una sociedad significa algo más complejo que ocupar el aparato estatal. Significa intervenir, deliberadamente o no, en las condiciones mediante las cuales millones de personas interpretan su experiencia.

Y allí surge una pregunta que atraviesa todo este ensayo:

¿Puede un gobierno transformar las instituciones sin transformar las subjetividades?

Y, a la inversa, *¿puede una sociedad transformar sus subjetividades sin esperar a que cambie el gobierno?*

La respuesta exige abandonar por un momento los grandes escenarios de la política y descender a una escala menos espectacular.

«*La escala de lo molecular*».



Durante buena parte del siglo XX, la imaginación política estuvo dominada por una geografía monumental. El poder parecía encontrarse en los palacios presidenciales, los parlamentos, los cuarteles, las grandes fábricas y las oficinas de los partidos. Transformar la sociedad equivalía, en consecuencia, a conquistar esos lugares. La revolución era concebida como un acontecimiento decisivo, una ruptura que separaba el antes del después y cuya consumación podía reconocerse en el reemplazo de los gobernantes, la transformación del régimen o la modificación de las relaciones de propiedad.

FÉLIX GUATTARI introdujo una sospecha radical en esa representación. *¿Qué ocurría si el poder no se encontraba solamente allí donde era visible? ¿Qué ocurría si también se reproducía en el deseo de obedecer, en la fascinación por la autoridad, en las relaciones familiares, en la organización de la escuela, en las jerarquías del lenguaje, en las formas de experimentar el cuerpo y en las pequeñas humillaciones que una sociedad aprende a considerar normales?*

La revolución, entonces, ya no podía limitarse a cambiar las instituciones. Debía preguntarse por las condiciones que producían determinados modos de existencia. En «*La Révolution moléculaire*», publicada originalmente en 1977, GUATTARI reunió reflexiones que desbordaban tanto el marxismo partidario como las concepciones tradicionales del psicoanálisis. Su preocupación no consistía en negar la importancia de las estructuras económicas o de la lucha política, sino en mostrar que ninguna transformación institucional sería suficiente mientras permanecieran intactas las máquinas sociales que producían obediencia, resignación, dependencia y deseos de dominación. La primera edición francesa está documentada por su editorial original.

Aquí la palabra «*molecular*» no debe confundirse con una referencia literal a la química. GUATTARI la utiliza para pensar una dimensión de procesos dispersos, heterogéneos y frecuentemente imperceptibles que atraviesan las relaciones sociales. «*Lo molecular*» no es simplemente lo pequeño: es aquello que no se deja reducir a las grandes identidades políticas ni a las representaciones estables de una sociedad.

Una huelga puede ser molar por su organización sindical y molecular por las transformaciones que produce en las relaciones entre trabajadores. Una escuela puede reproducir el orden institucional y, simultáneamente, permitir que sus estudiantes inventen formas de cooperación que lo cuestionen. Una comunidad puede participar en elecciones y, mucho antes de hacerlo, haber transformado sus ideas sobre autoridad, dignidad y pertenencia.

Por eso sería un error interpretar «*la revolución molecular*» como una conspiración secreta para destruir las instituciones desde adentro. GUATTARI no elaboró un manual clandestino de infiltración política. Su preocupación era la producción

colectiva de nuevas posibilidades de vida, una transformación que tampoco quedaba garantizada por la toma del Estado. La investigación filosófica contemporánea insiste precisamente en el carácter horizontal, disperso y no subordinado a una vanguardia partidaria de su concepción revolucionaria.

La suavidad de esa subversión no reside, pues, en una estrategia para ocultarse. Reside en su capacidad para modificar la sensibilidad antes de modificar las leyes.

Y quizá allí comience una revolución más profunda que aquella que solamente cambia los nombres de quienes gobiernan.

Porque un régimen puede desaparecer de la Constitución y continuar viviendo durante generaciones en la conciencia de quienes lo padecieron.



La filosofía política clásica preguntó quién posee el poder, cómo se legitima y cuáles son sus límites. GUATTARI, en diálogo con GILLES DELEUZE, desplazó parcialmente la cuestión hacia un territorio menos cómodo: ¿por qué los seres humanos pueden llegar a desear aquello que los somete?

La pregunta posee una resonancia antigua. SPINOZA ya había examinado las pasiones que intervienen en la servidumbre humana. WILHELM REICH intentó comprender las

relaciones entre represión sexual, autoritarismo y adhesión de las masas al fascismo. DELEUZE y GUATTARI recogieron esas inquietudes y las condujeron hacia una crítica de las maneras mediante las cuales la sociedad organiza y canaliza el deseo.

El deseo, para ellos, no es solamente la expresión de una carencia individual. Es productivo. Participa en la creación de vínculos, imaginarios, instituciones y mundos sociales. No permanece encerrado en la intimidad psicológica: circula por las fábricas, los medios de comunicación, las familias, las escuelas, las organizaciones políticas y las relaciones económicas.

De ahí una consecuencia perturbadora: una sociedad no se mantiene únicamente mediante la coerción. También necesita producir adhesiones.

El ciudadano puede obedecer porque teme una sanción. Pero también puede obedecer porque admira al gobernante, porque identifica la autoridad con la figura paterna, porque considera que la incertidumbre es intolerable o porque ha aprendido a experimentar la diferencia como amenaza.

La dominación encuentra entonces un aliado inesperado: el deseo del dominado.

No se trata de afirmar que toda adhesión política sea servidumbre. Las personas pueden apoyar racionalmente una política pública, compartir un programa de gobierno o confiar legítimamente en una autoridad. El problema aparece cuando esa adhesión se vuelve incapaz de reconocer errores, aceptar críticas o distinguir entre la institución y la persona que temporalmente la dirige.

GUATTARI permite comprender por qué el autoritarismo no necesita habitar exclusivamente en la cúspide del Estado. Puede reproducirse en el ciudadano que exige obediencia absoluta, en el funcionario que confunde disciplina con humillación, en el militante que considera traidor a quien discrepa y en el individuo que desea para los

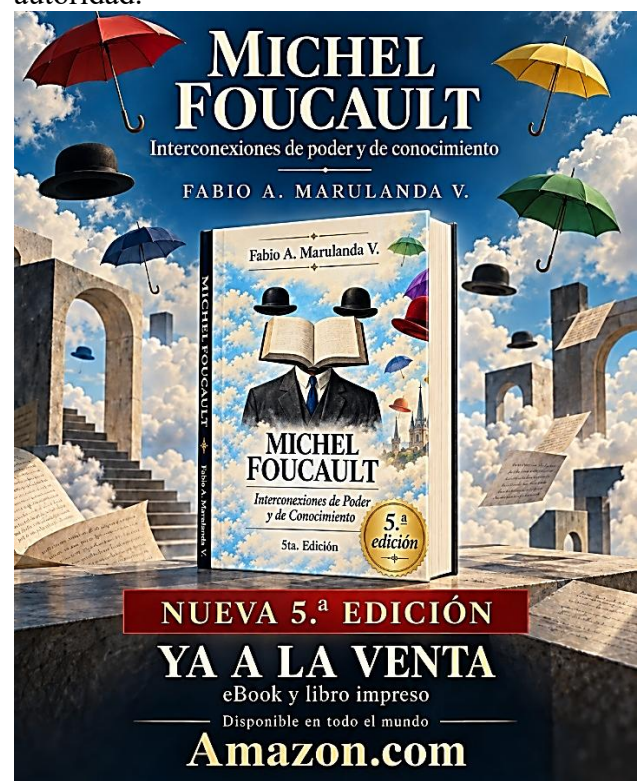
demás una libertad menor que la que reclama para sí mismo.

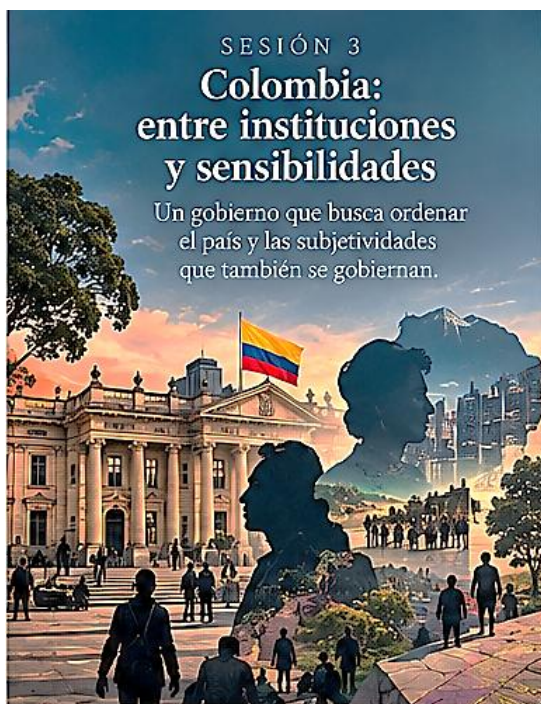
El fascismo, leído desde esta problemática, no es solamente una configuración histórica de gobierno. Existe también la cuestión de «los microfascismos»: impulsos cotidianos de sometimiento, exclusión y fascinación por el mando que pueden circular incluso dentro de organizaciones que proclaman ideales emancipadores.

La advertencia es incómoda porque destruye una inocencia demasiado frecuente en la política: imaginar que basta con pertenecer al lado correcto de una disputa para quedar liberado de las formas de dominación que se denuncian.

Una revolución puede expulsar al tirano y conservar intacto el deseo de tener otro.

Por eso la transformación molecular exige algo que ningún decreto puede imponer: una modificación de las relaciones que mantenemos con nuestra propia necesidad de autoridad.





El 7 de agosto de 2026 comenzó un nuevo período presidencial en Colombia. Apenas dos meses después, el país ofrece un escenario particularmente fértil para una lectura *guattariana*, no porque el nuevo gobierno represente necesariamente una «*revolución molecular*», sino porque sus decisiones permiten observar cómo una orientación política intenta convertirse en una nueva organización de las percepciones colectivas.

El gobierno ha situado la recuperación de la seguridad en el centro de su programa. En el lanzamiento de los encuentros regionales del Plan Nacional de Desarrollo 2026–2030, el 6 de octubre, presentó la seguridad como condición para la inversión, la actividad productiva y el desarrollo territorial. Su argumento parte de una realidad verificable en numerosos territorios colombianos: la extorsión, el control armado y la violencia restringen las posibilidades materiales de vivir y trabajar libremente.

Sería intelectualmente equivocado negar esa realidad. El miedo de una familia sometida a una organización armada no es una

construcción retórica. Tampoco lo es el de un comerciante extorsionado, una comunidad desplazada o un campesino obligado a obedecer autoridades ilegales.

Pero GUATTARI nos invitaría a examinar algo que la discusión ordinaria suele pasar por alto: la seguridad no es solamente una política pública. También puede convertirse en un principio organizador de la subjetividad colectiva.

Una sociedad que durante décadas ha experimentado distintas formas de violencia puede llegar a desear intensamente una autoridad capaz de garantizarle protección. Ese deseo es comprensible. Su traducción política, sin embargo, no está predeterminada. Puede alimentar instituciones eficaces, sometidas al derecho y al control democrático. También puede producir tolerancia hacia formas de poder cada vez menos dispuestas a aceptar límites. La diferencia no depende exclusivamente del discurso presidencial. Depende de cómo ese discurso circula, es interpretado, discutido y transformado en las relaciones sociales.

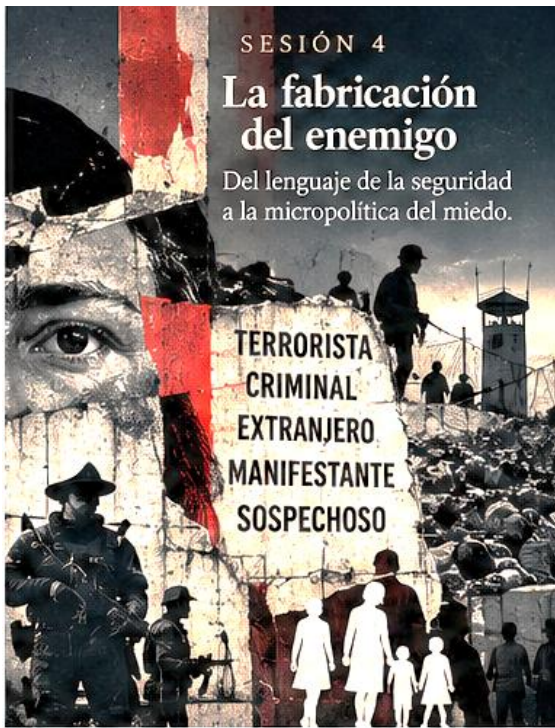
La seguridad, desde esta perspectiva, no es una categoría ideológicamente inocente ni necesariamente autoritaria. Es un campo de disputa por el significado de la libertad.

¿Significa vivir sin extorsión? ¿Poder transitar por una carretera? ¿No temer un secuestro? ¿Poder protestar sin violencia? ¿Conservar garantías frente a una detención arbitraria? ¿Disponer de una justicia independiente?

Una democracia necesita todas esas dimensiones. Su dificultad comienza cuando se pretende reducirlas a una sola.

«*La revolución molecular*» aparece entonces como una posibilidad de resistencia frente a las simplificaciones: la capacidad de una sociedad para negarse a escoger entre protección y libertad como si ambas fueran necesariamente incompatibles.

Porque una autoridad puede recuperar un territorio y, sin embargo, no haber recuperado todavía la confianza de quienes lo habitan. Y ninguna sociedad conquista verdaderamente la seguridad mientras sus habitantes deban renunciar a pensar por sí mismos para sentirse protegidos.



Una de las primeras decisiones del gobierno colombiano fue anunciar, el 24 de agosto de 2026, una estrategia de seguridad que agrupa bajo la denominación de terroristas a los grupos armados ilegales. La estrategia también contempla mecanismos contra la extorsión, coordinación de fuerzas de seguridad, persecución de finanzas criminales y operaciones migratorias contra la delincuencia extranjera y la migración irregular. Posteriormente, el 11 de septiembre, el Ejecutivo comunicó la terminación de diversos procesos de diálogo heredados, alegando ausencia de avances suficientes en desarme, paz o sometimiento a la justicia.

Estas decisiones pueden examinarse desde argumentos jurídicos, estratégicos y políticos diferentes. Quienes respaldan un enfoque más coercitivo pueden considerar que las negociaciones anteriores no redujeron suficientemente la violencia y que la recuperación de la autoridad estatal requiere consecuencias creíbles para quienes continúan delinquir. Quienes cuestionan ese enfoque pueden advertir que las organizaciones armadas no son homogéneas y que la eliminación de espacios de negociación podría cerrar vías de desmovilización o aumentar riesgos humanitarios.

La cuestión «guattariana» no consiste en decidir anticipadamente cuál posición tiene razón. Consiste en observar cómo las categorías del poder comienzan a producir relaciones sociales.

Llamar terrorista a una organización no es un simple gesto retórico: puede tener implicaciones jurídicas, operacionales y simbólicas que deben examinarse según el marco legal aplicable. Pero también puede modificar la manera en que una sociedad interpreta territorios, comunidades y conflictos.

El peligro aparece cuando una categoría dirigida a responsables de conductas violentas se extiende, explícita o implícitamente, hacia personas que no han cometido esas conductas.

Una cosa es perseguir una organización criminal. Otra es convertir a los habitantes de un territorio en sospechosos por el lugar donde viven. Una cosa es investigar delitos cometidos por extranjeros. Otra es atribuir peligrosidad colectiva a la condición migratoria. Una cosa es sancionar actos violentos durante una manifestación. Otra es identificar la protesta misma con una amenaza.

No afirmo que esas extensiones hayan ocurrido sistemáticamente bajo el gobierno actual. Señalo las fronteras cuya preservación

permitiría evaluar su política de seguridad sin sustituir el análisis por la adhesión o el rechazo.

GUATTARI ayuda a comprender por qué esas fronteras no se defienden únicamente en los tribunales. También se defienden en la conversación cotidiana, cuando alguien se niega a confundir una comunidad con un grupo armado, una nacionalidad con un delito o una discrepancia con una enemistad.

La micropolítica del miedo funciona cuando la sospecha se convierte en hábito.

Y su contrario comienza cuando la sociedad recupera la capacidad de distinguir.

No hay nada particularmente espectacular en esa operación. No necesita consignas heroicas. Exige una forma de inteligencia democrática: resistirse a transformar las categorías útiles para la investigación y la justicia en identidades totales que absorban a los seres humanos.

El enemigo de una democracia puede ser una organización que ejerce violencia contra sus habitantes. Pero también puede ser la costumbre de convertir cualquier diferencia en enemistad.

La primera amenaza exige seguridad.

La segunda exige pensamiento.



La universidad constituye uno de los lugares donde el concepto de «*revolución molecular*» adquiere mayor densidad.

No porque toda universidad sea revolucionaria ni porque los estudiantes posean una superioridad moral sobre el resto de la sociedad. La universidad es también una institución disciplinaria: organiza horarios, establece jerarquías, examina conocimientos, distribuye acreditaciones y reproduce relaciones de autoridad.

Pero precisamente dentro de esa estructura puede ocurrir algo inesperado.

El estudiante deja de ser únicamente receptor de conocimientos y comienza a interrogar las condiciones de su producción. Descubre que una disciplina no es idéntica a la verdad, que un profesor no es dueño de las preguntas y que una institución puede necesitar ser transformada sin que por ello deba ser destruida.

En septiembre de 2026, el gobierno colombiano anunció, dentro de su propuesta presupuestal y de seguridad, un protocolo de intervención frente a alteraciones del orden en campus universitarios. El Ejecutivo

declaró que la protesta pacífica conservaría garantías constitucionales y sostuvo que la autonomía universitaria no protege actuaciones violentas.

La distinción jurídica entre protesta pacífica y actos violentos es necesaria. Ninguna concepción sería de la autonomía universitaria convierte una institución educativa en territorio ajeno al derecho. Pero tampoco puede permitirse que la necesidad de preservar la seguridad reduzca la universidad a un espacio donde solamente resulte aceptable el pensamiento que no incomoda.

GUATTARI conoció de cerca los movimientos intelectuales, estudiantiles y políticos que cuestionaron las estructuras de autoridad en la Francia de los años sesenta. Su crítica no consistía simplemente en reemplazar una doctrina por otra. También desconfiaba de las organizaciones emancipadoras que reproducían internamente el autoritarismo que decían combatir.

Una universidad podría declararse progresista y funcionar mediante obediencias dogmáticas. Otra podría proclamarse defensora del orden y preservar auténticos espacios de controversia intelectual. Los nombres no garantizan las prácticas.

«*La transformación molecular*» comienza cuando las relaciones pedagógicas permiten que el conocimiento deje de circular exclusivamente de arriba hacia abajo.

Cuando el profesor acepta una objeción fundamentada.

Cuando los estudiantes organizan una investigación independiente.

Cuando una comunidad académica distingue la crítica rigurosa del hostigamiento.

Cuando la seguridad institucional protege la posibilidad de disentir, en lugar de sustituirla. Por eso la pregunta decisiva sobre las políticas universitarias no es solamente cuántas protestas se autorizan o cuántos incidentes se evitan. Es también qué clase de

subjetividad producen las instituciones educativas.

¿Ciudadanos capaces de formular problemas?

¿O individuos entrenados para repetir respuestas?

La diferencia puede no aparecer en los indicadores administrativos.

Pero de ella depende una parte esencial de la vida democrática.



En 1989, GUATTARI publicó «*Les trois écologies*», una obra breve y extraordinariamente sugerente. Allí propuso pensar conjuntamente tres registros: «*la ecología ambiental*», «*la ecología de las relaciones sociales*» y «*la ecología de la subjetividad humana*». La Biblioteca Nacional de Francia conserva el registro de aquella edición original de Galilée.

La intuición es decisiva: una sociedad puede reparar carreteras mientras deteriora sus relaciones humanas; puede aumentar su producción económica mientras destruye sus

ecosistemas; puede construir instituciones aparentemente eficientes mientras empobrece las posibilidades subjetivas de quienes las habitan.

No basta con administrar recursos. También importa cómo se producen las formas de vivir.

Colombia ofrece actualmente un ejemplo particularmente concreto. Después del terremoto del 10 de agosto, el Gobierno declaró una emergencia económica, social y ecológica para atender los daños y habilitó medidas extraordinarias de reconstrucción. Posteriormente estableció mecanismos destinados a mantener servicios sanitarios y aliviar determinadas cargas económicas de las personas damnificadas.

Desde una lectura «guattariana», la reconstrucción no puede medirse únicamente por el número de edificios reparados. Debe preguntarse también qué ocurre con las comunidades desplazadas, las redes de solidaridad, las experiencias traumáticas, las relaciones con el territorio y la capacidad de las personas para intervenir en las decisiones que afectan su futuro.

Una vivienda reconstruida es indispensable. Pero no reconstruye automáticamente una comunidad.

Una carretera recupera circulación.

Pero no necesariamente recupera confianza.

Un hospital restablece servicios.

Pero la salud colectiva comprende también vínculos, cuidados y condiciones sociales.

Esta mirada no niega la importancia de la gestión técnica. La vuelve más exigente.

El gobierno actual ha presentado también medidas de atención sanitaria y asignaciones presupuestales para salud, pensiones y educación superior. Su propuesta de presupuesto para 2027 contempla recursos para esos sectores y un plan de austeridad, aunque la evaluación de su eficacia dependerá de la aprobación definitiva, la ejecución y los resultados.

La pregunta filosófica no consiste en decidir de antemano si esas decisiones representan una política emancipadora o conservadora. Consiste en observar qué relaciones producen.

¿La atención sanitaria fortalece la autonomía de las personas o las vuelve dependientes de intermediarios?

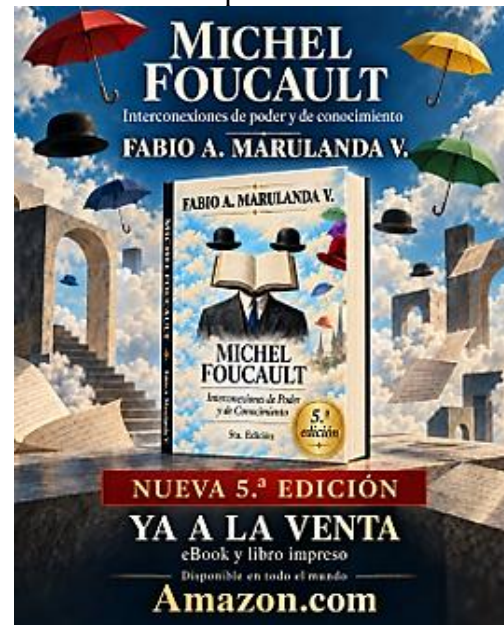
¿La reconstrucción incorpora el conocimiento territorial de las comunidades?

¿La educación superior crea posibilidades de pensamiento o se limita a preparar trabajadores para funciones previamente definidas?

¿La seguridad permite recuperar la vida colectiva o impone nuevas formas de silencio?

GUATTARI llamaría nuestra atención sobre una cuestión frecuentemente olvidada: no existe transformación ecológica completa cuando se conserva intacta la devastación de las relaciones humanas.

Y tampoco existe auténtica reconstrucción social cuando se considera que los habitantes son únicamente beneficiarios de decisiones tomadas en otra parte.





Existe una paradoja especialmente fértil en el pensamiento de GUATTARI: aquello que comienza como resistencia puede terminar convertido en mercancía.

El capitalismo no necesita oponerse a todas las diferencias. Puede aprender a comercializarlas. Puede vender rebeldía como estilo, inconformismo como identidad de consumo y autenticidad como marca.

La protesta puede convertirse en imagen.

La imagen, en audiencia.

La audiencia, en mercado.

Y el mercado puede devolvernos una versión perfectamente consumible de aquello que inicialmente pretendía cuestionarlo.

GUATTARI utilizó la noción de capitalismo mundial integrado para examinar una forma de poder que desbordaba la producción económica tradicional y penetraba en la organización de la vida cotidiana, las comunicaciones y la subjetividad. Su reflexión sobre esta dimensión ha sido recuperada por estudios recientes de la micropolítica y las luchas del deseo.

En Colombia, esa problemática puede reconocerse en la creciente centralidad de la comunicación política digital. La discusión pública circula mediante imágenes, frases breves, fragmentos de declaraciones, símbolos de pertenencia y confrontaciones que adquieren valor por su capacidad de producir atención.

Pero atención no es comprensión.

Una consigna puede reunir miles de adhesiones sin producir una sola pregunta nueva. Una denuncia puede convertirse en espectáculo. Un gesto presidencial puede circular durante días mientras una decisión administrativa mucho más importante permanece fuera de la conversación.

No se trata de afirmar que los medios digitales produzcan necesariamente alienación. También permiten investigar, organizar comunidades, documentar abusos y hacer visibles problemas históricamente ignorados.

La cuestión reside en quién controla las condiciones de circulación y qué formas de experiencia resultan favorecidas.

En un entorno donde la indignación produce atención y la atención puede traducirse en influencia económica o política, la confrontación permanente se vuelve rentable. El ciudadano corre el riesgo de convertirse en espectador de su propia ciudadanía.

Opina.

Comparte.

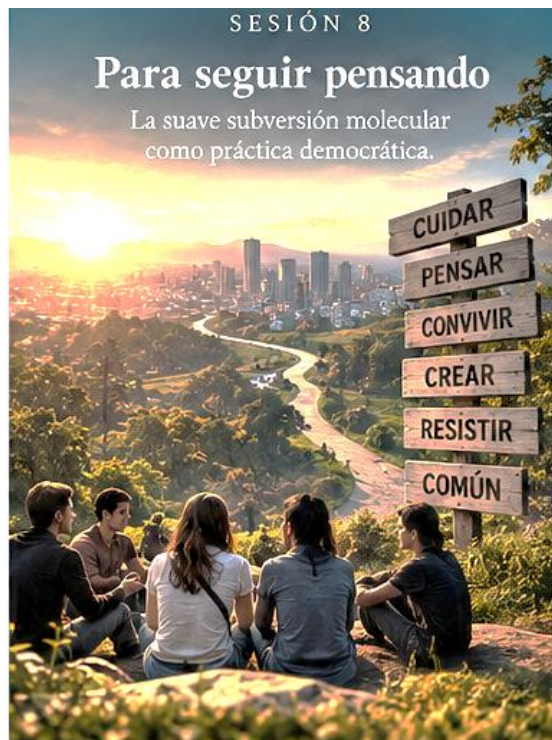
Reacciona.

Se indigna.

Pero participa cada vez menos en la elaboración de las decisiones que lo afectan.

«*La revolución molecular*», en este contexto, no equivale a publicar mensajes cada vez más radicales. Podría comenzar justamente con una operación contraria: recuperar el tiempo necesario para pensar, verificar una afirmación, leer una fuente completa, conversar con quien discrepa o construir una organización que sobreviva al entusiasmo momentáneo de las redes.

Existe una diferencia fundamental entre producir ruido y producir subjetividad. El ruido ocupa el espacio. La subjetividad transforma la experiencia. Y una democracia que solamente aprende a producir ruido puede terminar perdiendo la capacidad de escucharse.



FELIX GUATTARI murió en 1992, mucho antes de que las plataformas digitales organizaran una parte considerable de la conversación pública y antes de que Colombia experimentara las transformaciones políticas del presente. Sería impropio atribuirle un juicio sobre el gobierno que comenzó en agosto de 2026.

Su filosofía, sin embargo, permite formular preguntas que ningún gobierno debería considerar ofensivas por el solo hecho de ser formuladas.

¿Qué clase de ciudadanos producen nuestras instituciones?

¿Qué relación con la autoridad promueve nuestro lenguaje político?

¿Qué deseos movilizan nuestras promesas de seguridad?

¿Qué formas de obediencia nacen dentro de las organizaciones que proclaman defender la libertad?

¿Qué posibilidades de existencia quedan fuera de los grandes proyectos nacionales?

Y, sobre todo, ¿puede una sociedad transformarse sin reproducir en sus nuevas instituciones las viejas relaciones de dominación?

La actualidad colombiana vuelve especialmente relevante estas preguntas. El gobierno ha comenzado con una orientación marcada hacia la seguridad, el control territorial y la reorganización de prioridades administrativas y presupuestales. Sus defensores encuentran en esa orientación una respuesta a problemas de violencia, extorsión y debilidad institucional. Sus críticos pueden preguntarse por los límites de la coerción, las garantías de la protesta, la autonomía de las comunidades y la preservación de alternativas de negociación. Los resultados de esas políticas todavía requieren tiempo y evidencia para ser evaluados.

Pero existe un terreno que no necesita esperar cuatro años.

Es el terreno de las relaciones cotidianas.

La manera como un funcionario atiende a un ciudadano.

La forma en que un policía ejerce su autoridad.

La posibilidad de que un estudiante contradiga a su profesor.

La capacidad de una comunidad para participar en una decisión sobre su territorio. El derecho de un periodista a investigar sin ser convertido en enemigo.

La disposición de un simpatizante del gobierno a reconocer un error.

Y la disposición de un opositor a reconocer un acierto.

Allí ocurre algo que no suele aparecer en las grandes narraciones históricas.

La política deja de ser solamente una disputa por el Estado y comienza a convertirse en una disputa por las formas de vivir.

«La revolución molecular» no pertenece exclusivamente a la izquierda ni a la derecha. Tampoco constituye una garantía moral de emancipación: las transformaciones micropolíticas pueden favorecer relaciones abiertas y solidarias, pero también alimentar obediencias, exclusiones y pequeños autoritarismos. Su valor no está en ser molecular, como si la escala pequeña asegurara la virtud. Está en las posibilidades de existencia que produce y en las relaciones que transforma.

De ahí que una revolución pueda fracasar incluso después de ganar.

Puede conquistar el gobierno y conservar la sumisión.

Puede cambiar las leyes y mantener el miedo.

Puede sustituir a los dirigentes y reproducir el desprecio por la diferencia.

Puede hablar de libertad mientras exige adhesión incondicional.

Y también puede ocurrir lo contrario.

Una sociedad puede comenzar a cambiar antes de que sus instituciones registren ese cambio.

Un trabajador descubre que su dignidad no depende de la humillación de otro.

Una comunidad aprende a organizarse sin necesitar un caudillo.

Una universidad sustituye la repetición por la pregunta.

Un ciudadano comprende que apoyar a un gobierno no exige renunciar a fiscalizarlo.

Otro descubre que oponerse al gobierno no significa desear el fracaso de su país.

Esas transformaciones no constituyen por sí solas una revolución social completa. Necesitan instituciones, recursos, garantías y condiciones materiales. Pero sin ellas cualquier cambio de régimen corre el riesgo de convertirse en una redistribución de los mismos mecanismos de obediencia.

Tal vez allí resida el significado más profundo de esta «*suave subversión molecular*».

No en una revolución que avanza secretamente para apoderarse del Estado.

Sino en una transformación que impide que el Estado, cualquiera que sea su orientación política, se apodere por completo de las posibilidades de pensar y existir de quienes gobierna.

GUATTARI nos obliga a desconfiar de una promesa recurrente de la política: la idea de que la emancipación llegará cuando finalmente gobiernen los nuestros.

Porque los nuestros también pueden mandar.

También pueden clasificar.

También pueden excluir.

También pueden convertir sus convicciones en órdenes.

Y también pueden desear la obediencia.

La libertad exige algo más difícil que encontrar gobernantes con quienes identificarse.

Exige construir relaciones en las cuales la diferencia no sea experimentada automáticamente como amenaza y la autoridad no necesite convertirse en una forma de servidumbre interior.

La Colombia que comienza un nuevo período político tiene ante sí decisiones importantes sobre seguridad, economía, educación, salud, paz y organización territorial. Su gobierno deberá responder por esas decisiones ante las instituciones y los ciudadanos. Pero la sociedad colombiana también enfrenta una responsabilidad que ningún presidente puede asumir en su nombre: decidir qué formas de convivencia está dispuesta a reproducir y cuáles necesita transformar.

La historia suele recordar las revoluciones por los edificios que ocuparon.

GUATTARI nos invita a recordar otra posibilidad: las transformaciones que comenzaron allí donde nadie creyó necesario colocar una bandera.

En una conversación.

En una escuela.

En una relación de trabajo.

En la negativa a humillar.

En la decisión de escuchar.
 En el coraje de disentir sin odiar.
 Quizá una sociedad no empieza a ser
 verdaderamente libre cuando consigue que el
 poder obedezca a sus deseos.
 Quizá comienza a serlo cuando descubre que
 sus deseos ya no necesitan obedecer
 ciegamente al poder.
 Y esa transformación, casi imperceptible al
 comienzo, puede resultar mucho más
 profunda que el reemplazo de todos los
 ocupantes de un palacio.
 Porque cambiar de gobierno modifica quién
 ejerce el poder.
 Cambiar nuestra relación con el poder
 modifica aquello que somos capaces de llegar
 a ser.

REFERENCIAS

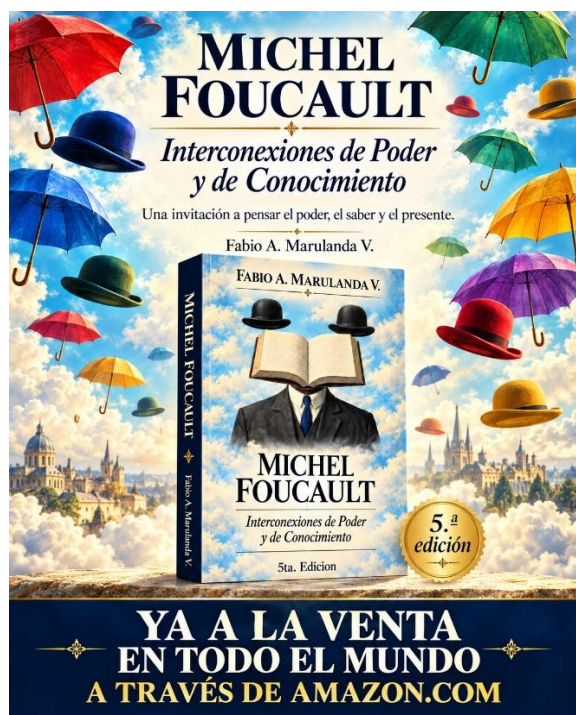
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1972). L'Anti-Œdipe: Capitalisme et schizophrénie. Les Éditions de Minuit.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1980). Mille plateaux: Capitalisme et schizophrénie 2. Les Éditions de Minuit.
- Guattari, F. (1977). La révolution moléculaire. Éditions Recherches. [Ficha editorial original](#).
- Guattari, F. (1989). Les trois écologies. Galilée. [Registro de la Biblioteca Nacional de Francia](#).
- Guattari, F. (1990). Des subjectivités, pour le meilleur et pour le pire. Chimères, 8. [Texto de Guattari en Persée](#).
- Guattari, F. (2017). La revolución molecular (G. de Eugenio Pérez, Trad.). Errata Naturae.
- Presidencia de la República de Colombia. (2026, 24 de agosto). Comunicado de prensa: Estrategia integral de seguridad. [Fuente oficial](#).

- Presidencia de la República de Colombia. (2026, 11 de septiembre). Comunicado de prensa: Terminación de procesos de diálogo heredados de la administración anterior. [Fuente oficial](#).
- Presidencia de la República de Colombia. (2026, 13 de septiembre). Comunicado de prensa: Presentación del Presupuesto de la Verdad. [Fuente oficial](#).
- Presidencia de la República de Colombia. (2026, 6 de octubre). Gobierno del Presidente De La Espriella prioriza la seguridad en el Plan Nacional de Desarrollo 2026–2030. [Fuente oficial](#).
- Presidencia de la República de Colombia. (2026, 6 de octubre). Declaración del Presidente al concluir Consejo de Ministros en la Casa de Nariño. [Declaración oficial sobre protesta, consulta previa y salud](#).

Nota editorial: el análisis del gobierno colombiano corresponde a sus primeras semanas, con información consultada hasta el 11 de octubre de 2026. Las declaraciones oficiales documentan decisiones y posiciones del Ejecutivo; no constituyen por sí mismas una evaluación independiente de sus resultados. El concepto de «*suave subversión molecular*» es una elaboración interpretativa a partir de la obra de FELIX GUATTARI.

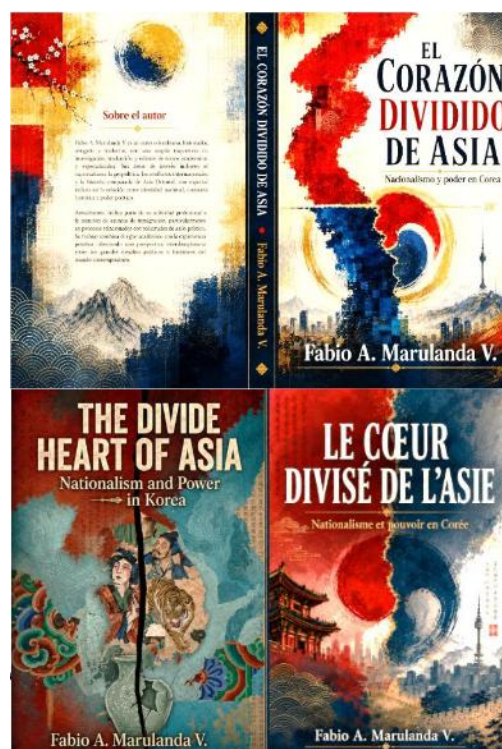
- *** Fabio A. Marulanda V.
- ☆Historiador. Universidad Nacional de Colombia-UNAL.
- ☆Abogado. Universidad Autónoma Latinoamericana-UNAULA.
- ☆Traductor. Universidad de Antioquia-UDEA.
- ☆Maestrando. Derecho Penal Internacional y Transnacional. Universidad de La Rioja-UNIR, España.





Michel Foucault: Interconexiones de poder y de conocimiento propone una lectura crítica del pensamiento foucaultiano a partir de una pregunta fundamental: ¿cómo hemos llegado a ser aquello que somos? El libro examina las relaciones entre saber, poder, discurso y subjetividad, mostrando cómo las instituciones, las prácticas sociales y los regímenes de verdad intervienen en la formación de los individuos.

La obra invita, además, a leer a Foucault desde las interpretaciones de destacados investigadores ingleses y estadounidenses, cuyas traducciones y análisis ampliaron la recepción internacional de su pensamiento. Más que ofrecer una explicación definitiva, este libro abre un espacio de diálogo entre Foucault, sus intérpretes y los lectores del presente: una invitación a comprender las fuerzas que nos han constituido y a imaginar otras posibilidades de transformación y libertad.



El corazón dividido de Asia: nacionalismo y poder en Corea reconstruye la historia de una península marcada por el colonialismo, la guerra y la confrontación entre dos proyectos opuestos de nación. El libro analiza cómo Corea del Norte y Corea del Sur, nacidas de una misma memoria histórica, emprendieron caminos políticos, económicos e ideológicos profundamente diferentes.

Desde una perspectiva histórica e interdisciplinaria, la obra examina el nacionalismo, el poder, la identidad y las disputas geopolíticas que han configurado el destino coreano. Más que describir la división territorial, el libro explora «*la fractura histórica de un pueblo dividido*» y las fuerzas que continúan haciendo de Corea uno de los espacios más decisivos y complejos del mundo contemporáneo.